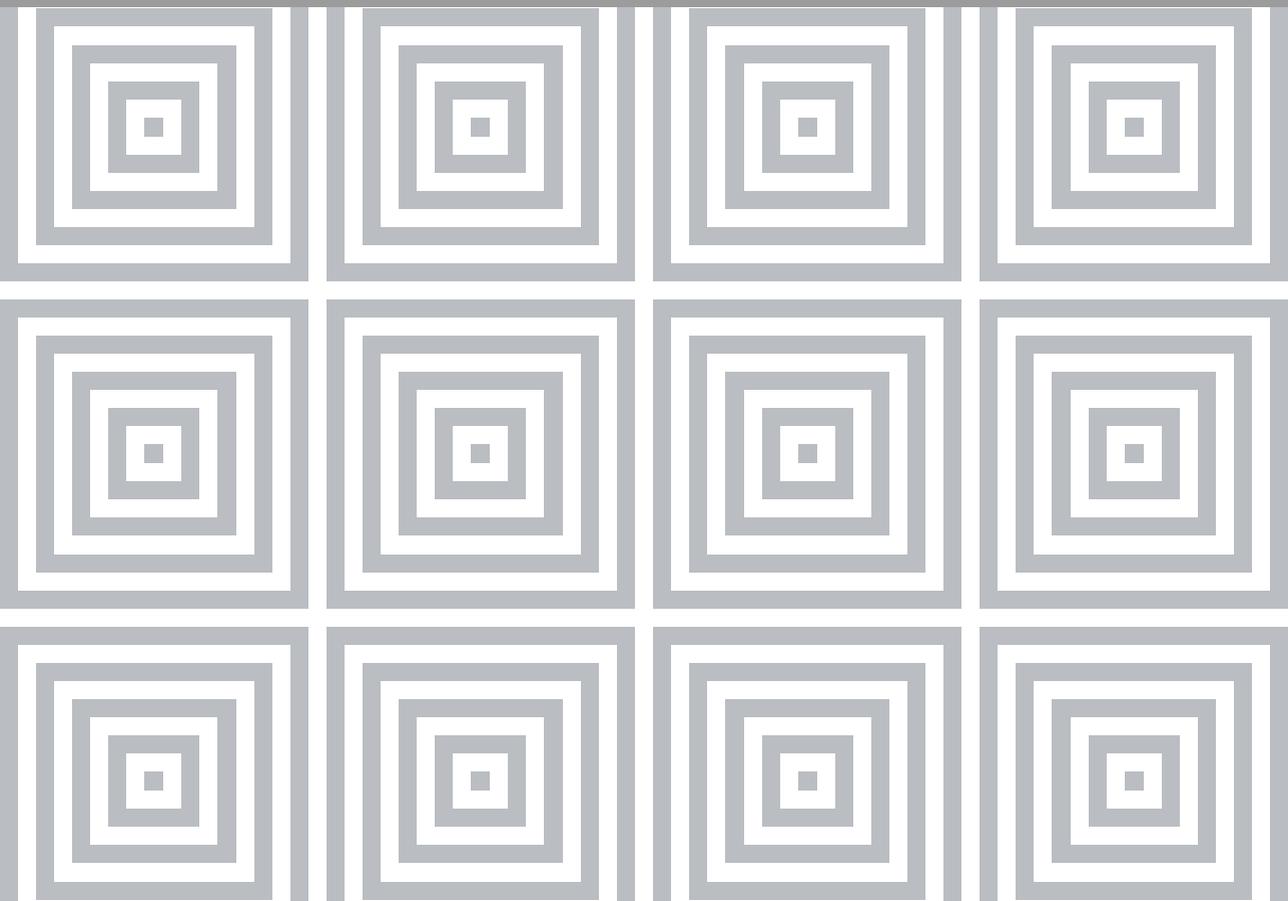


II | El concepto de pueblo



Dado que el lugar antropológico, social y cultural desde el cual nuestras investigaciones se han llevado a cabo ha sido lo que se suele conocer como los sectores populares de nuestra sociedad, esto es, el pueblo en términos generales, nos parece necesario abrir estas páginas con una reflexión un tanto detenida sobre el concepto mismo de pueblo que analice sus diferentes significados y nos permita precisar el uso propio y particular que de él aquí hacemos.

El antropólogo brasileño Darcy Ribeiro, fallecido hace un tiempo, elaboró una tipología⁴ de los pueblos americanos, sencilla pero que tiene la virtud de la claridad. Los divide, así, en tres tipos: pueblos trasplantados, aquéllos que, como el estadounidense, reproducen y desarrollan en América formas de vida y cultura de los lugares de proveniencia de sus pobladores con las indispensables adaptaciones al ambiente; pueblos testimonio: los indígenas que han conservado su cultura y forma de vida; pueblos nuevos: los que ni reproducen ni conservan sino que, a través de un largo proceso histórico y como fruto del contraste y fusión de distintas culturas (europea, indígena y negra), han desarrollado formas propias de cultura y de vida. Entre estos últimos nos ubica a los venezolanos. Útil para una primera aproximación al problema de la identidad americana, esta tipología no puede ser aceptada, en mi caso, sin algunas precisiones. Dos en particular: una referente al concepto de pueblo y otra al de novedad, tema que desarrollaré a lo largo de este texto.

Si nos aceptamos como pueblo nuevo, ¿de qué pueblo y de qué novedad se trata?

El concepto de pueblo, de larga tradición histórica, está hoy en decadencia. La tradición más reciente, la que arranca de la Ilustración, identifica a pueblo con el total de la población de una nación-Estado concebida como homogénea en lo fundamental, especialmente en cuanto sujeto de derechos civiles y de iniciativas políticas. El concepto más moderno de pueblo se centra, pues, sobre todo, en pensarlo como sujeto civil y político. Sobre este concepto se ha basado la democracia. Es claro que Darcy Ribeiro entiende pueblo más como una comunidad cultural globalmente homogénea. En Venezuela habría, por tanto, varios pueblos: el criollo por una parte y los varios pueblos indígenas por la otra. Nuevo sería el primero; los otros serían testimonio. El concepto ilustrado de pueblo presenta, por tanto, por lo menos dos significados que no siempre ni necesariamente coinciden en una comunidad humana: pueblo-nación, sujeto civil y político, y pueblo-cultura. El término pueblo, está atravesado por una estructural ambigüedad.

La crítica postmoderna, al desbaratar, por lo menos en su intención, uno a uno los fundamentos de la modernidad ilustrada, incide también con fuerza sobre el concepto de pueblo. De hecho, ya lo había eliminado Carlos Marx al ubi-

4 Darcy Ribeiro (1969). *Las Américas y la civilización*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

car el sujeto social y político en las clases dentro de una misma sociedad. En tiempos de postmodernidad y globalización pierde sentido el concepto de nación, pues las naciones-Estado mismas parecen destinadas a desaparecer, o a transformarse radicalmente, subsumidas en la sociedad global mundializada. También lo pierde el concepto de pueblo-cultura, pues se supone que nos encaminamos hacia una sola cultura masmediática. Las culturas que en la actualidad conservan su identidad ya no se llaman pueblos sino etnias. Así, por vía del nombre, los pueblos pasan a ser puro objeto científico. El resurgir actual de los nacionalismos no sería sino una reacción transitoria y conservadora destinada a ceder ante el triunfo de la globalidad futura en acelerado proceso de afirmación mundial.

Por otra parte, y en simultaneidad y concordancia con las tendencias postmodernas, los movimientos revolucionarios muy vigentes en la segunda mitad del siglo XX y primeras décadas del XXI, que enfatizaban con fuerza todo lo relacionado con el concepto de pueblo y sus derivados, se han ido retrayendo y retirándose de la escena mundial, con raras excepciones entre las que se cuenta últimamente nuestro propio país. Con el retraimiento mundial, no obstante ciertos resurgimientos más actuales, de los movimientos revolucionarios, parece haber sido puesto en cuestión todo cuanto hace referencia a lo popular. Incluso la misma palabra pueblo despierta no sólo reticencias, sino hasta rechazo, cosa que en Venezuela hoy aparece como muy evidente en el lenguaje y las ideas de quienes se oponen al régimen oficial el cual, por el contrario, hace un uso incluso abusivo de la misma. De esta manera, la gran mayoría de nuestros grupos de población ya ni siquiera podrían ser nombrados en su distinción de los otros grupos sociales con los que conviven en una misma nación. Y, sin embargo, están ahí. Tradicionalmente han sido nombrados como el pueblo, distinguiéndolos así de ese reducido grupo dirigente globalmente conocido como las élites. Sin embargo, a poco que nos detengamos desprejuiciadamente en el término pueblo todos entendemos de qué se trata y distinguimos muy bien los usos ideológicos y manipulativos que de él se quieren hacer del significado compartido por la mayoría tanto de los hablantes en general como de quienes necesitan servirse del mismo, pues difícilmente se le encuentra un sustituto, en sus análisis científicos, sociales y antropológicos.

Dado, no obstante, que en el uso actual del término en las ciencias sociales existe una notable confusión y para no caer en una interminable discusión, diremos de una vez que entendemos por pueblo, en Venezuela, ese 80% de nuestra población hoy globalmente considerada como sumida en la pobreza. Nuestro trabajo nos ha llevado, por otra parte, a comprender que pueblo y pobreza coinciden —si bien no totalmente— pero no se identifican. Lo popular pertenece más al ámbito de lo cultural o, mejor, de la vida —de ahí su originalidad— que al de lo económico y, en cuanto espacio cultural, penetra también sectores no económi-

camente pobres de la población general. De todos modos, es en los sectores pobres donde lo popular permite una aproximación investigativa menos mediatizada.

Históricamente hablando, el concepto de pueblo no tiene origen ilustrado. Es mucho más antiguo. Aparece con significados similares en casi todas las sociedades cuya historia conocemos desde la más remota antigüedad. *Senatus populusque romanus* es un testimonio muy ilustre del concepto de pueblo y con una particularidad que lo distingue del uso ilustrado: el *senatus* es una cosa y el *populus* otra. Forman un binomio, pero no se identifican. La tradición romana atraviesa toda la historia de Occidente y sobre ella se elabora la tradición ilustrada.

Pero hay otra tradición que se suma a la romana en Occidente: la bíblica. Israel es «el pueblo de Yahvé». Aquí, a primera vista, no parece haber distinción entre *senatus* y pueblo. En Israel parecen fusionarse pueblo, nación y cultura. Sin embargo, en los profetas, aunque la idea viene de lejos, se hace una distinción similar a la romana, si bien con notables diferencias. Los profetas, en efecto, tienden a identificar al «pueblo de Yahvé» con los «pobres de Yahvé» y distinguirlo de sus dirigentes que lo oprimen y traicionan. Tanto en Roma como en Israel se da una distinción entre la dirigencia —élites en general— y el pueblo, constituido éste sobre todo—no exclusivamente— en un caso por la plebe y en el otro por los pobres. La plebe romana está también formada antes que nada por la masa de los pobres. Los pobres, pues, en ambas tradiciones, forman el grueso y la casi exclusividad del pueblo. Sin embargo en uno y otro caso la pobreza no define el ser del pueblo. Es pueblo más por su pertenencia a una comunidad humana —de costumbres, de trabajo, de vecindad, etc.— que por la pobreza. En Roma, en efecto, un senador podía ser pobre y no por eso pasaba a ser plebeyo, mientras que un plebeyo podía ser rico sin dejar de ser plebeyo. En Israel se era pueblo de Yahvé—en el discurso profético que es el que refleja con mayor autenticidad su espíritu— por ser depositario y fin de la Alianza cuyo destinatario privilegiado era el pobre. La dirigencia, al alejarse de la fidelidad a la Alianza, se separa del pueblo. Si en Roma pueblo es primero que nada un concepto sociológico, en Israel en principio es un concepto ético.

Aquí nos interesa destacar, para ambos casos, la distinción entre dirigencia y pueblo: la primera, *grosso modo*, constituida por los privilegiados y el segundo, también *grosso modo*, por los pobres, teniendo en cuenta que en ninguno de los casos pueblo y pobres son conceptos ni coextensivos ni sinónimos. Sin embargo, esta distinción con frecuencia desaparece de modo que por pueblo romano se entiende toda la sociedad romana y por pueblo de Yahvé toda la sociedad israelita. También desde la remota tradición el concepto de pueblo está atravesado de ambigüedad.

Ambas tradiciones se fusionan en la cultura cristiana: pueblo es a la vez un concepto sociológico y ético. Durante la Edad Media la distinción entre dirigen-

cia y pueblo se acentúa: aristocracia y pueblo se distinguen netamente. En el siglo XIV, con Guillermo de Ockham y Marsilio de Padua, sale a plena luz lo que ya tenía sus antecedentes en el mismo Santo Tomás de Aquino: el pueblo como sujeto de derechos civiles y políticos, y constituido por todo el sector de la sociedad excluido de la nobleza cuyo centro dinámico es un nuevo grupo, la burguesía. El concepto de pueblo se desliza, paso a paso, de socioético a sociopolítico. Desarrollada ampliamente esta idea por la escuela de Salamanca durante el Renacimiento y el primer barroco, es tomada por la Ilustración a finales del siglo XVII y durante el XVIII. El triunfo político de la burguesía desde la Revolución Francesa y durante el siglo XIX, al eliminar definitivamente a la aristocracia —el sector no pueblo—, propone una sociedad constituida sólo por el pueblo en toda su extensión. Nación y pueblo coinciden. Esta homogeneidad o indistinción dentro de una misma sociedad pronto se revela como ficción. Marx —para citar al más influyente, no el más profundo, de los pensadores— desvela las distinciones internas ubicándolas en las clases sociales en lucha. Ahora el proletariado ocupa el lugar del antiguo pueblo, un concepto no ya sociopolítico sino socioeconómico.

Sin embargo, ni el concepto ilustrado de pueblo-nación, ni el socioeconómico de clase suprimen la vieja distinción entre dirigencia y pueblo que se sigue usando especialmente en ambientes cristianos —católicos sobre todo— y muy confusamente en los autores románticos. En nuestros días, el concepto socioético de pueblo, hecho coextensivo al de pobre, ha tenido un lugar privilegiado en algunas tendencias cristianas como la filosofía y la teología de la liberación.

Este recorrido, muy esquemático por lo demás y en consecuencia con los defectos de todo esquema, nos ha parecido necesario para replantear la pregunta sobre lo que podemos entender por pueblo en Venezuela hoy si aceptamos la identificación de Darcy Ribeiro.

Dejando de lado las naciones indígenas, como se las conocía en los tiempos coloniales, término que dice mucho más que la actual etnia, en lo que llamaríamos la nación criolla, nadie podrá negar la existencia de dos sectores muy distintos socioeconómicamente: una gran masa de pobres y un relativamente reducido número de no-pobres, para no llamarlos ricos pues en este segundo grupo hay una amplia escala de grados. Esa escala, por otra parte, también se da en el grupo global de los pobres. *Grosso modo*, un 80% de pobres y un 20% de no-pobres.

Entenderemos por pueblo, pues, a esa gran mayoría de nuestra población considerada pobre, aunque no sea la pobreza lo que la define totalmente sino su pertenencia a una comunidad humana que comparte, como creemos que daremos a comprender a lo largo de este estudio, toda una manera de practicar la vida en Venezuela. Nuestro concepto de pueblo será, por tanto, uno social, cultural, convivencial y, sobre todo, ético.

